LA OTRA MUSICA *

La otra música

¿Qué música te cantan?
¿Por qué te cantan esa música?
¿Y para qué la escuchas
como si te trajese algún mensaje
y no silencios desarticulados,
timbales de distancia,
calderones de llanto?.
Esa música suena a guerra macilenta,
a deserción en campo de batalla,
a despojo que corre, contagiando.
No creas esa música,
no la dejes medrar,
ocúltale tu corazón
en tanto puedas.
Tápate de esa música de espanto
o te destrozará
como a un violín arrinconado.

Réquiem

Hace ya mucho tiempo que no suena
pero tú guardas incansable
la certidumbre de todas sus notas.
Era una música incalificable;
su único atributo era la música,

* Poemas inéditos del libro de igual título.

la música que todo lo envolvía,
que todo lo narraba desde su altísimo pentágrama.
No se podía entender
porque no se podía vivir al margen de su ritmo.
Los que intentaban explicarla no la conocían:
vivían dentro de ella sin saberlo
y le servían con su desacierto.
Llegaba desde el fondo del futuro,
desde la milagrosa realidad,
desde el sueño de los recuerdos.
Se devanaba como una lluvia dulce que reúne
permitiéndonos presentir la vida.
Caja de resonancia fuimos para ella,
el cofre del pirata que soñaban los niños.
Fuimos tan suyos como ella fue nuestra.
Nos queda ahora un estribillo
de aquel concierto fastuoso,
un estribillo torpe que nos sigue
como persigue a un asesino la risa de su víctima.

Música de la huida

¿Quién dijo que los fugitivos no cantan?
¿Quién pudo equivocarse hasta tal punto?
Se equivocaron porque no conocen la música,
porque creyeron esa leyenda blanda
que circula por todos los rincones.
La música no es solamente dulce;
la música no siempre consuela:
también araña y desmenuza,
también arranca y descompone.
Los fugitivos cantan con los dientes juntos.
Los fugitivos, los auténticos fugitivos
siempre cantan;
cantan para no oír sus pasos,
cantan para alejar sus pensamientos:
expelen una melodía ingrata
que suena a chirriar de puerta,
a miedo, a llanto, a despedida.

Esa música

No cabe, no podemos con ella
y es ella, misericordiosa y terrible
la que sostiene nuestro último abandono.
Ella, la gran abandonada,
la sumergida en perpetuo cataclismo.
Y desde allí, desde lo otro,
deviene como una evidencia,
como la más inconfundible sospechosa,
interminable dejadora de rastros,
siempre violada por nuestra nostalgia,
incorporada a nuestra sangre
como un suero que aullase
desde su cautiverio.

Sacerdotisa de lo que no muda,
en qué forma indecible nos inmolas
ante esa deidad llamada vida.

Intolerable iconoclasta

Intolerable iconoclasta,
música delincuente que todo lo trastocas,
dictadora feroz de tu dominio.
Vienes sin consultar con los destartalados corazones
y cuando presentíamos el llanto y la desdicha,
la olorosa nostalgia deformada,
tú restituyes a este viejo mundo
su leyenda de amor y el sonido del agua y de las hojas,
su más hermoso e intransferible son.
Soportamos entonces la belleza
dentro de nuestros corazones asombrados
y sollozamos con un llanto dulce
que jamás osaremos descifrar.

Música del fondo

Aquellos que no han sido buzos
no pueden entenderme.
Todos aquellos que ni siquiera
por una sola vez
han descendido al fondo, ésos
como os decía, no pueden entenderme.
Nunca podrán saber
que hay una música de los abismos
que se levanta desde el fondo
como se yergue una culebra
y nos mira la sangre
con todo su sonido.
Quizá no debería hablaros de esa fiera:
tal vez la música no os interesa.
Pero si alguna vez bajáis al fondo,
id preparados para su silbido
o no regresaréis, no volveréis
de ese magma sonoro.

Música depredadora

Viene a robarnos. Lo sabemos siempre.
Con la fina ganzúa de su melodía
penetra en los rincones de nuestro incierto corazón
y lo despoja de cuanto fue riqueza.
Viene a robarnos prometiendo:
siempre hay una promesa tras sus notas,
una vaga promesa de reencuentros,
un porvenir de infancia:
la permanencia en el primer temblor.
Equívocas promesas. Polvareda
que nos azota el pecho y que nos ciega
para que no advirtamos su implacable hurto.
Viene a robarnos y aunque lo sabemos
la dejamos hacer con cierto alivio,

la dejamos posar entre la sangre
como un polen que absorbe lo vivido.
Y la escuchamos trabajar paciente
y respiramos para hacer más fácil
su recorrido y su saqueo migratorio.
Consecuentes con nuestro destino,
participamos en el atropello
con un leve matiz de angustia equívoca
y cuando su marea nos inunda
la dejamos que arrastre todo lo que fue vivo.
Después la oímos expandirse ajena
diseminando nuestro corazón primerizo
como una lluvia germinadora y venial.

POEMAS ATONOS

1

Alguna vez fui niña
allá en tierras francesas.
Alguna vez, mientras papá pintaba,
yo contemplaba el bulevar
con ojos asombrados:
lo veía surgir de entre la lluvia
y lo escuchaba gotear
en los pinceles de mi padre
con un ritmo de acordeón.
Iba creciendo la pintura calurosamente
y otro calor se alzaba en mí
como un alivio.
Pensé: qué bien quiere papá,
qué manera tan inocente de mirar:
de nuevo está naciendo el bulevar,
la lluvia, el mundo.

2

Asomar la cabeza al desencuentro
es un vértigo miserable que dispersa
nuestra nostalgia de conocimiento.
Se aprende a oír como los ciegos
y se desata el tacto como un morse angustioso
al que faltaran sílabas.
Se tropieza en los ecos del silencio
y se naufraga en los recuerdos
como en un mar de lava permanente.
Ah, cómo sueña el corazón equívoco
con la vieja leyenda del flautista:
sobornaríamos al mundo —delincuentes—
por un poco de agrupación
a cualquier precio.

3

Qué bien cuando por un momento
observamos el mundo desde fuera.
Cuando miramos geografía,
botánica, astronomía: ciencias naturales.
Nada mejor que el mar
para apreciar la tierra.
Para mirar a las estrellas
nada mejor que el cielo.
Qué bien mirar y ver las cosas
y mirarnos desde las cosas
como un algo que forma parte de ellas.
Ser lluvia con la lluvia,
ser mañana con sol,
campo con acequia,
árbol con hojas y
piedra con la piedra.
Qué bien ser mundo con el mundo,
estar —no ser— entre lo que descansa.
Qué bien ser sólo un instrumento del planeta.

4

Si supiésemos amueblar nuestro corazón,
nuestra caverna de Platón,
la salita de proyección de nuestra vida
con lo que es propio de su territorio.
Si supiésemos recorrer ese invernadero
reconociendo las flores de plástico
y agrupándolas todas con la ternura que dedicaríamos
a viejos miembros ortopédicos.
Si supiésemos apartar sin resbalar a la segregación,
sin convertirnos en testigos de cargo.
Si fuésemos tan de verdad *nosotros*
que no pudiésemos establecer
esa estéril distancia entre *nos*
y la nostalgia que llamamos *otros*.
Si tuviésemos el valor de ser ese desasosiego
y no otra cosa,
esa impotencia y no su historia.
Tal vez descansaríamos en ese impulso
y alguna vez seríamos dichosos
con nuestro humilde, escaso, torpe decorado.

5

Atropellados por nosotros mismos,
difamados por nuestra inocencia,
decapitados por nuestro sarcasmo
somos los mutilados de una extraña guerra,
una guerra en la que los vencidos
vencen desaforadamente a los vencidos.
Muñón contra muñón,
hueso con hueso
defendemos la dictadura de nuestra impotencia
y como mártires gritamos:
justicia y libertad.

6

No es bueno andar por este mundo
soportando el desgaste de nuestra propia sombra.
No es bueno alzar la voz a nuestras vísceras,
inaugurar un grito que hace crujir
tan sólo a nuestro despavorido bazo.
No es bueno andar en soliloquio
con el filo mugriento de la ineficacia.
No es bueno ser residuo de un espejo:
trae mala suerte esa mutilación
con apariencia de totalidad.
No somos de fiar con tanta arista,
somos humanamente peligrosos
y desdichados inhumanamente.
Entonces, con la humildad que otorga la desolación:
compañero, cualquier pedazo de hilo,
cualquier trapo para remendar
este agujero que llamamos vida.

7

Amor, recuerdo aquellas tardes. Eran
como el mundo era entonces:
primaverales, únicas, inolvidables, breves.
Tenían la tranquila densidad que se advierte
en las tardes que recordaba don Antonio,
tenían la música que tiene la alegría
y el perfume que reserva el futuro.
Ah sí, recuerdo aquellas tardes:
las veo, casi diría que las toco,
se levantan como los ángeles guardianes
para que nunca olvide que una vez,
cuando Dios quiso,
fuimos humanamente jóvenes.

FRANCISCA AGUIRRE
Alenza, 8
MADRID - 3